

le llevo un nombre, un título, una posición... Le abro de par en par los mejores salones de París... Podrá ser recibida en todas partes... Entre nosotros dos, no hay más que un cambio de bienes. Mi dote, aunque por completo moral, vale tanto como la suya, que no es más que material... Hará un negocio tan bueno como yo; la sociedad lo comprenderá así y lo aprobará.

Sofía se acercó á él y, cogiéndole las manos, que apretó convulsivamente, le dijo:

—¿De modo que no quieres?

—No puedo—contestó.

—¿Y vas á casarte con ella?—exclamó la princesa con voz vibrante, con mirada ardiente.

El momento de la escena culminante había llegado.

Cerró los ojos, como si no pudiera sostener su mirada, y, cayendo sobre una butaca, dijo:

—No, no me casaré con ella... Ya no puedo, ya no puedo... después de lo que acabas de decir, después de lo que acabas de hacer... Nunca he dudado de tu amor; pero no creía fuera tan grande, tan profundo, tan verdadero, tan generoso... Me amas hasta el punto de sacrificar tu nombre, tu gran posición... hasta el punto de querer compartir conmigo todas tus riquezas... ¿Y yo te abandonaré, y yo me separaré de tí, y yo consentiré en perder un amor como el tuyo?... No... no... Constituye mi orgullo y mi alegría... Consiento en todo con tal de conservarlo... En todas las privaciones... ¿lo oyes?... en todos los sufrimientos materiales y morales... Pero, lo conozco, seguro de tu amor, fortalecido por esa seguridad... no podré sufrir...

¿Lo oyes, lo oyes?... Nada ha variado... Volveremos allá ó nos quedaremos aquí, como quieras... Olvida todo cuanto te he dicho... Te pertenezco hasta la muerte... hasta la muerte... Tu amor ha vencido todos mis escrúpulos, todo mi orgullo...

La princesa le había escuchado con avidez, con la mirada fija en la suya, con la boca cerca de su boca. Cuando acabó de hablar, le estrechó con todas sus fuerzas y se confundió con él. No podía pronunciar ni una sola palabra: su felicidad le ahogaba; su alegría la volvía loca.

Y él sonreía diciéndose: «Dentro de poco, temerá perderme y querrá sujetarme para siempre... La idea del matrimonio ha entrado en su cabeza de mascovita tenaz, de mujer exaltada, y esa idea no saldrá... Se arraigará tanto más, cuanto que yo fingiré rechazarla... Ahora ya, es asunto de pocas semanas.»

LVIII

En el estado en que se hallaban las cosas, el barón de Merieux comprendió que debía impedir á toda costa que la princesa se adornara en medio de su felicidad y de su dulce reposo, que la harían olvidar su proyecto de matrimonio. Conoció también que, como consecuencia de la actitud que había tomado, de su

calculadas negativas, se veía precisado á perseverar en su resistencia y á no obrar sino indirectamente.

Nada más fácil: la joven de que había hablado no era un ser fantástico. Había, en efecto, en la Chaussée d'Antin una heredera de cinco millones, bastante linda, que se había enamorado de él después de algunas coqueterías y de varios vales. Aquella ligera ilusión de joven excéntrica, aquel capricho de mujer rica, hubieran llegado ¿hasta el matrimonio? Era muy dudoso. Pero podían suponerlo, y Carlos de Merieux se las arregló de tal suerte que no tardaron en suponerlo. A fines de Diciembre se esparció, en efecto, el rumor de que iba á casarse con la señorita H..., y algunos periódicos ávidos de indiscreciones, que él provocó hábilmente, se apresuraron á propalar esos rumores.

Poco tardó en llegar hasta la princesa Sofía Lavigne, que, naturalmente, se inquietó y acabó por alarmarse. Carlos de Merieux no había renunciado, por lo visto, á sus proyectos: ¿Procuraba acaso burlar su vigilancia y anunciarle bruscamente una próxima ruptura?

Quiso conocer á aquella de que se trataba; consiguió encontrarla en casa de una modista que estaba entonces de moda; le pareció bonita, rara, bien formada, y á la inquietud vinieron á añadirse los celos.

Como era muy franca, muy expansiva é incapaz de disimular, no tardó en manifestar sus temores á M. de Merieux.

Se defendió; afirmó que hacía mucho tiempo que ya no se ocupaba de la señorita H...; que los gacetille-

ros y los cronistas estaban muy atrasados de noticias y presentaban una historia del año anterior, como si hubiera sido un hecho reciente. Llegó hasta á acusar á su pariente, que persistía en su idea y quería casarle á todo trance, de alimentar esos rumores para obligarle cada vez más.

—¿Entonces, me lo juras, ya no piensas en ella?— preguntó la princesa.

—Te aseguro que no pienso más que en tí.

No obstante, tuvo miedo. ¿Por qué no había insistido en pasar el invierno en Vaucotte, como estaba convenido? Daba como razón la necesidad de ocuparse en sus asuntos ó de buscar un empleo. Pero sus gestiones le tenían alejado de ella durante el día y parecían muy preocupado durante la noche. Ya no le pertenecía como en otro tiempo. Seguía amándola, no podía ponerlo en duda, pero con intermitencias. La serie de días felices se había interrumpido. ¿Y aquel empleo? ¿Si no lo encontraba? ¿Si, á pesar de sus resoluciones, cansado de su pobreza, acabara por ceder á las instancias de su familia? ¿Y si, en un momento de debilidad, se dejaba llevar á casa de la joven heredera, que tenía sobre ella la ventaja de la fruta nueva, de la novedad, de la flor recién entreabierta?

Entonces, inquieta, celosa, volvió á sus proyectos de matrimonio. Quería decididamente amarrarle con lazos indisolubles, y, según la frase de que en otro caso se había servido el príncipe Orsiloff, enjaular el pájaro raro que había tenido la suerte de encontrar.

Cuando dos personas persiguen el mismo fin, cuan-

do están decididas á alcanzarle, cuando el éxito depende sólo de ellas, el resultado no puede ser dudoso. El barón de Merieux, pedido en matrimonio, presentó nuevas dificultades, se escandalizó, se negó rotundamente; pero, por fin, enternecido por los ruegos de su querida, vencido por sus lágrimas, consintió en lo que deseaba.

Cuando París supo aquellos proyectos de matrimonio, se asombró. Pero su asombro fué de corta duración: veinticuatro horas después, se asombraba de otra cosa cualquiera.

Para que su locura fuera completa, la princesa había pensado al pronto casarse bajo el régimen de la comunidad de bienes. Quería compartirlo todo con aquel á quien amaba, que fueran comunes la vida y la fortuna. Pero él se opuso y exigió la separación de bienes; lo que permitió que sus amigos, hábilmente enterados de esos detalles, se hicieran lenguas de su desinterés completo. Sabía perfectamente que la separación de bienes, al conservar á la mujer la libre administración de su fortuna, le permite disponer de ella á favor de su marido y hacerle donación de cuanto quiera. ¿No podría él provocar esas donaciones en el momento oportuno, gracias á la influencia, al dominio que ejercía sobre la princesa?

¿No estaba siempre en el caso de imponer su voluntad á aquella mujer, cuya pasión la hacía ser su esclava?

.....

.....

El día 10 de Marzo de 188... un año y algunos

días después de la muerte del príncipe Lavisine, el matrimonio de su viuda con el barón de Merieux se celebró en la iglesia de San Agustín. Fué una ceremonia religiosa de que París se acuerda aun hoy.

El príncipe Orsiloff asistió también. Se apresuró á felicitar á los recién casados en la sacristía, y, llevando aparte al barón de Merieux, le dijo en voz baja:

—Estaré á las cinco en su casa de usted, en el hotel en que me recibió cuando era soltero.

LIX

Al salir de la iglesia de San Agustín, el barón de Merieux fué al hotel Lavisine, que era ya su domicilio. En los grandes salones del piso bajo ayudó á la princesa á recibir á los numerosos amigos que fueron, según costumbre, á felicitarles. Después por la tarde, cuando cesaron las visitas, se escurrió y fué á su habitación de soltero, en el hotelito de que no había podido deshacerse aún.

A las cinco, el príncipe Orsiloff se presentó. Carlos de Merieux le recibió en el salón en que, diez y ocho meses antes, habían tenido la primera conversación.

Siempre grave, frío, el príncipe, sin alargar la mano al dueño de la casa entró, inclinó su elevada esta-

tura y fué á sentarse en la butaca que había ocupado anteriormente.

—Ya lo ve usted—dijo—todo se ha arreglado como yo lo tenía previsto... Pero, para conseguir un éxito tan completo, ha debido usted desplegar la mayor habilidad, y no puedo menos de felicitar á usted.

—Acepto la felicitación—dijo el barón sonriendo—y confieso que la merezco.

—Lo comprendo; pero parece usted gozar de salud perfecta, parece usted más joven que antes; no puede por lo tanto, estar pesados de unos esfuerzos que han alcanzado un éxito tan grande.

Como Carlos de Merieux no contestaba, el príncipe repuso, después de haber encendido un cigarrillo:

—¿Sería una indiscreción preguntar á usted dónde piensa pasar el resto del invierno?

—En Italia... Salimos esta misma noche... La princesa no abrirá sus salones hasta el año que viene.

—¿Cuánto tiempo piensa usted estar ausente?

—Tres meses próximamente... Si no tiene usted inconveniente en esperar hasta entonces, á mi regreso tendré el gusto de devolverle las cantidades que ha tenido la bondad de anticiparme.

—Perfectamente... esperaré.

Se levantó, arrojó su cigarrillo á la lumbre y, de pie, apoyado en la chimenea, pronunció estas palabras:

—¿Y lo demás, cuándo me lo entregará usted?

—¡Lo demás!—repitió el barón palideciendo un poco.

—Sí, la mitad del capital que hoy le pertenece...

La mitad de la fortuna que le he hecho ganar á usted... En una palabra, los veinticinco millones.

—¡Los veinticinco millones!—balbuceó Carlos de Merieux.

—¡Claro!... ¿Ha olvidado usted lo convenido entre nosotros, aquí, en esta sala, en este mismo sitio, á la misma hora, hace diez y ocho meses.

—No, no lo he olvidado; pero...

—¿Pero qué?

—Esos millones no me pertenecen... Me he casado bajo el régimen de la separación de bienes.

—¿Y á mí qué me importa?—dijo el príncipe con sequedad.—Arréglese usted como quiera para cumplir sus compromisos... ¿Piensa usted acaso en no hacerlo así?

—No... Pero la fortuna de la princesa no está precisamente en metálico... Tiene grandes cantidades en valores negociables... Pero la mayor parte consiste en propiedades situadas en Rusia.

—Se puede venderlas... Las conozco.

—En inmuebles en París—añadió el barón.

—A falta de comprador, el Crédito Foncier y el Banco Hipotecario le harán un préstamo importante.

—¡Corrientel... Pero ya comprende usted que esas operaciones exigen cierto tiempo.

—Lo comprendo, y le daré el tiempo que sea necesario.

—Y además, no puedo pedir sumas tan considerables, ni exigir tales sacrificios, sin algún pretexto.

—Ya lo encontrará usted... Eso es asunto suyo... Por lo demás, permítame usted que se lo diga, sin que

mis palabras le ofendan... la mujer que ha sido bastante loca, en su situación, para casarse con un hombre en la posición en que usted se halla, dará sin titubear, sin hacer caso, todas cuantas firmas le pida usted, hará cuantas extravagancias sean necesarias y que su situación actual traerá consigo.

—Es usted severo para con ella y para conmigo.

—Soy exacto... Por consiguiente, sólo se trata ya de fijar las fechas de los vencimientos... Helas aquí: dentro de tres meses me entregará usted, como acaba de decirlo, los quinientos mil francos que le he anticipado... Durante el mes de Octubre siguiente deseo percibir diez millones... Un año después, los últimos quince millones... Entonces estaremos en paz y no volverá usted á oír hablar de mí... Pero si demora usted lo más mínimo cualquiera de esos pagos, le prevengo que seré inexorable.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh! lo que usted quiera... Figúrese usted las cosas llevadas al último extremo... Quedará usted aún muy por bajo de la realidad.

Y sin añadir una sola palabra más, el príncipe Orsiloff tomó su sombrero y salió.

.....

.....

Por entonces mismo, sir Hanley Gardiner y la señorita Bérard llegaban á Noumea. En cuanto al presidiario Bérard, estaba á punto de salir de la isla de Ré, en que se había detenido el convoy para esperar á que se completase.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

LA PRINCESA SOFIA

I

En el Océano, en las costas de Francia, en la desembocadura del Charente, está anclado un buque del Estado. Es la fragata *Saone*, que, después de haber formado parte durante mucho tiempo de la escuadra del Mediterráneo, está destinada ahora al transporte á la Caledonia de los sentenciados de ambos sexos.

La Saone se ha convertido en un buque mixto, es decir, que puede andar con vapor y que, con sus tres palos y su excelente velamen, puede prescindir de la máquina cuando el tiempo y el viento son favorables.

El cielo está azul, el mar está apenas agitado por una brisa suave de Noroeste. Reina á bordo gran movimiento. En el puente y en la batería se apresuran, se ejecutan á todo escape las órdenes de los jefes, se hacen las últimas maniobras. Las embarcaciones de la Aduana y de la Inspección de Sanidad están formadas á lo largo del costado. Oficiales, soldados, marinos,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO